

el mito de la pureza de la sangre, el ideal de la feminidad, la necesidad de una severa autodisciplina, el odio al bolchevismo, la fascinación por los mitos de la historia germánica y la lealtad a los pueblos germánicos. En su conjunto, no en su provincia particular.

De la personalidad de Himmler, su biógrafo afirma que en su primera juventud ya destacan, las firmes convicciones, la mojigatería y el espíritu de venganza, que serían las piedras sillares de su futura carrera. También señala que sus ideas estaban condicionadas, aunque no se diera cuenta, más por la propaganda *Völkisch* pangermánica que por su experiencia en la guerra o por la educación recibida en su casa. Era un hombre sencillo, incluso ingenuo, con un gran orgullo nacional, directo, intrépido, entusiasta, muy trabajador y un dirigente y organizador nato. No era pensador. Su «socialismo» nunca iba más allá de los eslóganes recibidos, y la nostalgia por la igualdad y la humanidad de alguna manera se convirtieron en parte de su vida cotidiana. Padfield hace especial hincapié en que Himmler comienza a sentirse especialmente alguien por medio de su compromiso con el Partido, hasta tal punto que resulta imposible concebirlo separado del partido nazi y de su ideología: él era el nazismo.

Y con esa impresión que daba de ser una combinación de predicador de una fe fanática y maestro de

escuela que explica a los alumnos la lección aprendida, Himmler llegó a ser el amo de un Estado dentro del Estado, aunque un amo inseguro de su posición y pendiente, en todo momento, de atraer la atención de Hitler: la férrea voluntad del *Führer* siempre estuvo detrás de él. Hitler, evidentemente, expresaba la voluntad del Partido y la creación de Himmler fue la realización última de esa voluntad que había nacido en medio de la frustración, la humillación y el deseo de venganza.

Meter Padfield señala que en la cumbre de su aparente poder en el Reich, el líder de las SS se encontraba encerrado dentro del sistema que le había convertido en lo que era; estaba atrapado en la maquinaria que había ayudado a crear.

Estudiar la personalidad de Himmler es el objetivo principal del sólido y consistente trabajo que comentamos. «Intentar reconciliar las anotaciones de sus diarios de juventud que han llegado hasta nosotros —dice el autor—, que nos indican que fue un joven mojigato, con frecuencia compasivo y siempre idealista, con el monstruo que conoce la historia, hace que tengamos que recurrir a la psicología». Los psicólogos no han dudado al diagnosticar un estado esquizoide, descripción que se usa con frecuencia para explicar la psique de los asesinos de masas.

Con el fin de llegar a sus propias conclusiones, el autor de esta bio-

grafía, ha seguido de cerca los estudios del doctor Harry Guntrip, que define el estado esquizoide como «una especie de personalidad mecanizada, como la de un robot». De este tipo de personalidad dice que es «más un sistema que una persona, un instrumento adiestrado y disciplinado para 'hacer lo que sea necesario' sin que penetre ningún sentimiento real».

Tras ahondar en el tema, Padfield deduce que lo que Himmler percibía o no con lo que se enfrentaba no era el mundo real exterior, sino una versión distorsionada del mismo generada por su ego destructivamente dividido que consideraba que el mundo externo era un «sistema del falso yo» del que se había replegado el «yo» real.

Este libro investiga tanto la aberrante psicología de Himmler, un hombre que estuvo al frente de una terrible maquinaria de muerte, como el funcionamiento de la cúpula nazi pero, sobre todo, trata del abuso del poder absoluto y del desprecio de la vida humana.

Entre la coacción y el consenso

Durante el Tercer Reich, ¿qué sabían los alemanes de la policía secreta, de las persecuciones y de los campos de concentración? Ellos se han defendido diciendo que no tenían la menor idea de la existencia

de los campos, o que estaban mal informados al respecto, y que fueron los primeros sorprendidos ante las revelaciones que se produjeron al término de la guerra. Durante bastante tiempo existió entre los historiadores la opinión casi unánime de que los nazis ocultaron deliberada y sistemáticamente a la población lo que estaban haciendo, de modo que habría sido muy posible que la gente sencilla no supiera nada.

El presente volumen pone en entredicho estas tesis. Demuestra que los medios de comunicación de la época publicaron gran cantidad de materiales relacionados con la policía y los campos de concentración, y se hicieron eco de diversas campañas discriminatorias. Durante los años treinta el régimen se aseguró de que la prensa informara acerca de los mencionados campos, los elogió, e hizo saber orgullosamente a todo el mundo que los hombres y mujeres internados en ellos eran encerrados sin juicio previo por orden de la policía. El régimen se jactó abiertamente de su nuevo sistema de «justicia policial», gracias al cual la policía secreta (la Gestapo) y la policía criminal (la Kripo) podían decidir por su cuenta lo que era legal y enviar a la gente a los campos de concentración según su capricho.

Robert Gellately ha investigado a fondo las distintas publicaciones alemanas de la época y consultado

diversas colecciones importantes de recortes de prensa. Con su trabajo intenta demostrar que las informaciones de los medios de comunicación y los artículos periodísticos constituyeron una faceta fundamental de la vida y la muerte durante la dictadura de Hitler. Los ciudadanos no sólo les prestaron una atención extraordinaria, sino que la mayoría de ellos supieron lo que eran la Gestapo, los tribunales de justicia y los campos de exterminio gracias a los medios de comunicación. «En el libro —dice el autor— examino el trasfondo de todos estos sucesos, analizo cómo represión y consentimiento público se mezclaron inextricablemente, y por último cómo y por qué el pueblo alemán acabó apoyando a la dictadura nazi»:

El proceso en virtud del cual el pueblo germánico llegó a apoyar a Hitler y a su dictadura, Gellately lo divide en tres fases: la primera, desde su nombramiento como canciller en 1933 hasta 1938-1939; la segunda, desde el comienzo de la guerra hasta el inicio de la invasión en 1944; y la fase final, desde esta fecha hasta la caída del régimen. El autor cuenta, con todo lujo de detalles, la forma en que se desarrolló cada una de estas fases.

El método utilizado en la primera época fue muy meditado y se caracterizó por su astucia, pues no ilegalizaron a todos los partidos de un plumazo, sino de uno en uno. En general, no fue preciso recurrir al

terror para acabar con las organizaciones no nazis de cualquier signo existentes en el país, y de hecho no se utilizó para poner a raya ni a las mayorías ni a las minorías importantes. En suma, la mayoría de la gente parecía dispuesta a aceptar la idea de vivir en una sociedad vigilada y a prescindir del ejercicio de las libertades que normalmente identificamos con las democracias liberales, a cambio de unas calles sin delincuencia, una vuelta a la prosperidad y lo que se consideraba un buen gobierno.

La segunda etapa de las relaciones entre el pueblo alemán y la dictadura nazi se inició con el estallido de la guerra en 1939. Con la llegada de la contienda, el nacionalismo se convirtió en un factor importante y muchos de los que quizá tuvieran reparos o disintieran de Hitler y el nazismo pusieron la patria por delante de cualquier otra consideración. La dictadura supo aprovechar la situación, mientras que para el *Führer* la guerra supuso el comienzo de una nueva etapa en la realización de sus planes más radicales y de sus divisiones racistas, objetivos que comportaban la introducción de numerosos cambios drásticos dentro de la nación; la guerra, por tanto, revolucionó la revolución. La etapa final, la más dramática y sanguinaria de la dictadura, tuvo lugar en Alemania durante sus últimos seis meses de existencia, cuando el frente interno se convirtió también en

frente de batalla. Casi todas las ciudades y pueblos del país vivieron su propia versión del Apocalipsis. «Mientras escribía los últimos capítulos de este libro –dice Gellately–, me di cuenta cabal de lo mucho que queda por contar de esta historia». La totalidad del contenido del presente trabajo quiere dejar claro que, a diferencia de lo que se ha venido diciendo, los alemanes no se limitaron a aceptar lo que de «bueno» trajo el nazismo (la economía, por ejemplo) y a rechazar sus instituciones más perversas. Antes bien, Hitler logró de un modo u otro, obtener en gran medida el apoyo de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

El autor concluye preguntándose, ¿por qué los alemanes siguieron adelante y en su mayor parte apoyaron a su *Führer* hasta el final?, y él mismo responde: «Durante los últimos días del Tercer Reich hubo optimistas, pesimistas, «idealistas» y fatalistas. Pero nunca faltaron fanáticos nazis decididos a luchar hasta el fin. Parece que muchos no fueron capaces de ver por sí solos la situación tal como era en realidad, ni siquiera sus aspectos más atroces, y lo único que supieron hacer fue permanecer al lado de Hitler, o al menos de Alemania».

El profesor Gellately documenta inequívocamente en estas páginas cómo buena parte de la sociedad alemana aceptó y participó en el terror y muestra cómo, lejos de ocultar sus campañas racistas y

represivas al pueblo alemán, los nazis las airearon cumplidamente en los periódicos y en las calles. Este trabajo revelador muestra que, en realidad, el régimen nazi se asentaba en un amplio consenso popular que se inició con el acceso de Hitler al poder, se mantuvo cuando se creó la Gestapo y se instalaron los campos de concentración y se prolongó hasta las últimas semanas de la guerra.

Los tres libros comentados, bien documentados y llenos de interés, vienen a engrosar los cauces de los ríos de tinta que, a lo largo de más de sesenta años, han tratado de esclarecer el impresionante fenómeno nazi, un régimen de propaganda y terror que provocó y desbordó ríos de sangre.

Isabel de Armas